

¿LA FALSIFICACIÓN DE LA HISTORIA DE LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA?

Óscar BARRERO

Universidad Autónoma de Madrid

En junio de 1997 Julián Marías invitaba a sus lectores a plantearse alguna reflexión a partir del siguiente juicio suyo:

Por desgracia, está en curso una colosal falsificación de la historia (y no sólo de la reciente), que todavía no ha encontrado la respuesta adecuada, que corresponde sobre todo a esos historiadores cuya intervención sería preciosa para la posesión de nuestro siglo ("El siglo XX", 3).

Era la suya una afirmación deslizada al desgaire. El pensador no resistió, sin embargo, la tentación de denunciar meses después lo que denominaba "la insurrección de la mentira". ¿Qué mentira? El partidista (alianza de izquierda y nacionalistas en el Congreso de los Diputados) rechazo de un proyecto que aspiraba a mejorar la enseñanza de las Humanidades estaba detrás del lamento de Marías, pero también se contenían en su protesta referencias históricas de más amplio alcance.

"Hay que preguntarse quién ataca todo esto, quién se moviliza para esa concertada insurrección de la mentira", afirmaba ("La insurrección", 3). ¿Había leído, al escribir esta frase, el libro de Stephen Koch *Double Lives. Stalin, Willi Münzenberg and the Seduction of the Intellectuals* (titulado entre nosotros *El fin de la inocencia*), documentado testimonio de la manipulación ideológica efectuada sobre una intelectualidad crédula, dispuesta a prestar sus quizá no tan gratuitos servicios a una causa, la del comunismo, que la Historia parece haber sentenciado a la máxima pena?¹

No deja de ser significativo que estemos asistiendo en los estertores de nuestro dramático siglo XX a tantos cambios históricos de trascendencia insospechada hace sólo unos lustros (el principal, el hundimiento del totalitarismo comunista y la consiguiente crisis absoluta del marxismo). Como significativo puede resultar que en estos últimos tiempos parezcamos tan interesados en darle la vuelta a la Historia que nos han contado y en la que tal vez hemos creído. Así, César Alonso de los Ríos ha destapado las mentiras del para algunos místico profesor Enrique Tierno Galván y Henry Kamen ha recuperado la imagen de un Felipe II digno de aquellas alabanzas que nos había sustraído la leyenda negra en que tanto nos complacimos durante la larga etapa de predominio del pensamiento autodenominado *progresista*. Y, en fin, hemos

descubierto que la España del conservador Cánovas del Castillo (que era también, no lo olvidemos, la del liberal Sagasta) vivió un período de estabilidad merecedor de juicios más benévolos que los emitidos por los noventayochistas, por Ortega y por quienes no encontraron ningún valor positivo en aquella etapa que acabó con los vaivenes de las anteriores décadas. Carlos Seco Serrano ha recordado esa realidad negada por los intelectuales ejercientes en torno a 1898:

El revisionismo crítico del sistema Cánovas ha reconocido a este los méritos que la injusta condena formulada por los regeneracionistas no quiso valorar en él: la conciliación de las dos Españas enfrentadas en una endémica guerra civil, caliente o fría, padecida por el país a lo largo de sesenta años, a partir de la gran epopeya nacional por la independencia; la implantación institucional de un transaccionismo civilizado; la paz civil, que hizo posible, a su vez, una prosperidad insólita y un renacimiento cultural del que la generación del 98 solo fue una segunda fase (3)².

El libro de José María Marco *La libertad traicionada* es demoledor. Su acusación empieza por los noventayochistas:

Ahí empezó la labor sistemática de destrucción de la cultura nacional. Nada se salvó de la brutalidad de una crítica despiadada e injusta. La obra de juventud de aquellos escritores, de entre los más grandes de la literatura hispánica, fue calificada entonces de antipatriótica. El adjetivo está justificado. Fueron muchos los que se dieron cuenta de la atrocidad que se estaba cometiendo, entre ellos los pertenecientes a una generación anterior —Valera o Menéndez Pelayo— y algunos políticos, más apegados a la realidad, menos caprichosos en sus juicios, como Maura, Canalejas o Dato. Pero no supieron detener la degeneración y la tarea se cumplió con una eficacia digna de mejor causa (274-275).

En la tarea se afanarían, de acuerdo con tan provocadora interpretación, aquellos intelectuales del primer tercio de siglo más sólidamente formados, con mayor capacidad de análisis y, quizá por ello, más culpables del desastre posterior, el del 36, mucho más trágico que el del 98: “La llamada generación de 1914, más técnica, más científica y también más política, según se suele decir, remata la tarea” (275).

¿Por qué el epílogo del libro de Marco (“El rapto de España o la destrucción del liberalismo”) me recuerda el estremecedor “Epílogo balcánico” con el que Federico Jiménez Losantos echa el cierre de *Lo que queda de España?* ¿Y por qué el libro de Harold Bloom *El canon occidental* termina también con un epílogo tan desolador que es más bien (y así se titula) una “Conclusión elegíaca”? ¿Quizá es cierto que, como asegura Francis Fukuyama, “puede decirse sin riesgo que el siglo XX nos ha convertido a todos en hondos pesimistas históricos” (29)?

Repasemos la revisión a que está siendo sometida una buena parte de las referencias de nuestro *progresismo* cultural: regeneracionistas incapaces de ofrecer una alternativa seria, noventayochistas dinamitadores de un cierto con-

cepto (¿había otro?) de España, intelectuales *del 14* fracasados en su propósito de guiar lo que quedaba de la nación y a la postre conductores de la guerra civil a la que la habían encaminado.

Son estos unos saludables ejercicios de revisión acaso útiles para limpiar los oscuros retratos realizados por no pocos historiadores de la literatura provistos de una anteojera (no dos; una solo, colocada en el ojo derecho). Historiadores que quizá magnificaban determinados elementos y reducían a la mínima expresión otros, para explicar un pasado del que consideraban que había que arrepentirse.

No parece que al otro lado de los Pirineos las cosas sean completamente distintas. La biografía de Max Gallo sobre Napoleón Bonaparte, en curso de publicación en Francia, ha dado pie en este país a debates revisionistas de los que no es fácil que el mito salga indemne (Collar). Más interesante para los estudiosos de la literatura puede ser el caso de otra de las *glorias* francesas objeto de ese tipo de solemne canonización a que tan aficionados son nuestros vecinos. André Malraux ingresó en noviembre de 1996 en el Panteón de París, pero su biografía real dista, como insiste en recordar Simon Leys, de la oficial, cosa, por cierto, sabida desde hace tiempo³. La Revolución Francesa y sus ideales (Guillemin), Jean Paul Sartre y su poco ejemplar ideología (Semprún Maura), Bertolt Brecht y la autoría de muchos de sus textos, incluso Gandhi y sus gestos para la galería, están soportando como pueden la acción de las termitas de una nueva historiografía.

El efecto de otras revisiones biográficas aparecidas en los últimos tiempos es idéntico (el ídolo de barro se resquebraja y termina cayendo al fango), aunque no porque den la vuelta al icono, sino precisamente porque mantienen la pintura de frente al espectador. Así, *Un maestro de Alemania*, de Rüdiger Safranski, nos recuerda que las relaciones de Martin Heidegger con el nacionalsocialismo fueron exactamente las que otros historiadores habían señalado que eran.

¿Por qué tan acentuado interés en el cuestionamiento de la Historia, de manera especial la reciente? ¿Y por qué este prolegómeno para una reflexión sobre literatura española contemporánea? Es necesario, tal vez, para combatir con las mismas armas a quienes durante tanto tiempo la han explicado en función casi exclusivamente de la Historia (¿o de *su* Historia?).

La situación del historiador de la literatura es tan comprometida como la de cualquier estudioso en el terreno de las Humanidades. Nuestro subjetivismo no es sólo estético, sino también ideológico. Posiblemente en ninguna nación occidental se haya extremado tanto como en la España de los últimos sesenta años esa ideologización de la literatura, si teñida de azul en los primeros lustros, bañada en rojo en los siguientes⁴. No trato de practicar la cromatografía.

tografía (método de análisis químico que al separar gases o líquidos produce manchas de diferente color), pero sí me gustaría preguntar si es o no cierto que mientras que uno de los colores ha sido anatematizado hasta la saciedad, el otro ha disfrutado de una bula que únicamente en los muy últimos años ha dejado de tener valor incluso para quienes tantas veces la esgrimieron. La bula válida hasta 1991 (desintegración de la vieja Unión Soviética) había contabilizado ya a esas alturas un total de entre 80 y 100 millones de muertos, cifra proporcionada por los historiadores que han confeccionado en Francia el revelador *Libro negro del comunismo*, de reciente aparición en España.

De conversiones ideológicas en busca de la libertad manan muchas veces confesiones que hubieran sido impensables en los tiempos en que la parálisis del pensamiento liberal-conservador permitió su barrido del mapa por su contrario socialcomunista. En esa clave puede leerse la siguiente diatriba de Mario Vargas Llosa contra una de los más relevantes deidades de la cultura de izquierdas, Bertolt Brecht:

Mientras el autor de *Terror y miseria del Tercer Reich* recibía el Premio Stalin, muchos millones de inocentes —más aún que los que perecieron en los campos de concentración nazis— padecían tormento y morían en Siberia, y, entre ellos, innumerables militantes comunistas —algunos, buenos amigos suyos— caídos en desgracia. Semejantes horrores ocurrían bajo las narices del director del Berliner Ensemble; pero él miraba hacia otro lado, hacia el mal absoluto, el verdadero enemigo, el Occidente explotador y putrefacto, el imperialismo donde anidaba ya el nuevo nazismo. Que él sabía muy bien, o por lo menos mucho, de lo que ocurría a su alrededor, aparece ahora con luz cegadora en su correspondencia privada, que publica Surkhamp. Pero, en público, él callaba. Recibía medallas, un buen salario, un teatro, honores, premios, de un régimen que lo utilizaba para su propaganda, y que, por lo demás, ni respetaba su obra ni tenía el menor escrúpulo en censurarlo. Él se dejaba utilizar, censurar, y, aunque deslizaba a veces algunos rezongos en oídos seguros —para redimirse ante la posteridad—, se prestó a la farsa y fue, en esos últimos siete años de su vida, lo que Neruda, otro genio de moral hemipléjica, hablando de los poetas franquistas, llamó un “silencioso cómplice del verdugo” (16).

Léase a la misma luz el siguiente *tête-à-tête* del propio Vargas Llosa y Jorge Edwards en la Casa de América (octubre de 1997). El primero reconocía:

Una de las grandes deficiencias del pensamiento contemporáneo es que nos ha hurtado una revisión de la paradoja que conlleva que la izquierda intelectual, el más alto nivel del pensamiento, de la creatividad, se identificara con la utopía socialista y al mismo tiempo fuera ciega y cómplice de unas atrocidades y crímenes que se cometieron en nombre [de] ese utopismo. Crímenes tan o más monstruosos que los del fascismo o el nazismo. Esos crímenes han llegado a la conciencia pública y cada día se conocen cifras más sobrecogedoras. Salvo unos muy escasos casos no reconocidos y que han sido satanizados, ha habido una actitud de la izquierda de pasar la página y no preguntarse cómo fue posible aquello. El Gulag fue un sacrificio en nombre de la utopía socialista. Aragón, Eluard —incluso Neruda, tú lo dices, Jorge— y muchos otros cantaron y vivieron todo aquello y luego pasaron a hablar de otra cosa. Ampararon una monstruosidad que llevó a la cárcel y a la muerte de millones de seres inocentes. En algún momento tendrá que haber una revisión de toda esa clase de intelectuales y artistas que en nombre de la utopía fueron cómplices de una cosa monstruosa (Astorga, 77).

Y el segundo confirmaba:

Estoy de acuerdo. Pero hubo muchos más escritores que fueron silenciados. Yo creo que habrá esa revisión de todos los que fueron cómplices y serán juzgados Aragón, Neruda y muchos más... Joyce y Faulkner no dijeron nada (ibíd.).

Theodor Adorno afirmó que “escribir un poema después de Auschwitz es un acto de barbarie”. ¿Consta la existencia de algún intelectual español de nuestros días que se haya preguntado si se puede escribir algo que no sean cifras de muertos después del *Archipiélago Gulag* de Alexander Solzhenitsin? La hemiplejía es una triste enfermedad que obliga a cargar sobre una mitad del cuerpo aquello que la otra parte se siente incapaz de asumir. ¿No ha sido nuestra historia de la literatura contemporánea (a la del siglo XX me refiero, puesto que es la más difícilmente consensuable, aunque no más sea por razones de proximidad cronológica) una historia aquejada de hemiplejía ideológica? ¿No es hora de recuperar la totalidad del organismo, amputado durante tanto tiempo de varios de sus miembros? Los recientes triunfos sobre la escena (1997 y 1998) de José María Pemán y Juan Ignacio Luca de Tena, por poner un par de ejemplos (con *Los tres etcéteras de don Simón* y *Dos mujeres a las nueve*, respectivamente), ¿deben achacarse solo a los furros conmemorativos que de vez en cuando nos asaltan a los españoles? Honrando las cien representaciones de la primera de estas obras, el hijo de Pemán se atrevía a declarar, ante la pregunta de la periodista (“¿Cree que la figura de su padre ha sido malinterpretada por la izquierda?”), que su progenitor “era un hombre con una profunda fe católica, y [...] creo que es difícil encontrar a una eminencia de las letras entre personas que hayan sido de derechas y católicas” (Sepúlveda, 77). Interesante propuesta de discusión.

¿Hasta qué punto es cierto que nuestra historia de la literatura reciente adolece de tendenciosidad, de desequilibrio en favor de uno de los extremos? La novela izquierdista de los años treinta de nuestro siglo ¿merece más libros y artículos que la intelectual de la misma época? El preciosista garcilasismo de la posguerra ¿es estéticamente inferior al prosaísmo comprometido de los cincuenta? La literatura falangista ¿menos digna de comprensión que la republicana? La escritura de los exiliados ¿más valiosa, en bloque, que la de los autores radicados en España o, por extensión, la de quienes *padecían* ese mal llamado (otro efecto pernicioso de la politización del crítico) *exilio interior*? El teatro de Ruiz Iriarte, Calvo Sotelo, López Rubio, el mismo Pemán y tantos otros injustamente tildados de *convencionales*, ¿menos interesante que el social? ¿No les hubiera bastado a sus detractores una lectura atenta para percatarse de que la crítica social (la de un Calvo Sotelo, por ejemplo) podía ser más demoledora que la de otros autores de distinta orientación ideológica,

precisamente porque los primeros se dirijan a un público que recibía la palada de arena allá donde esperaba encontrarse una dosis de cal?

Aceptada la imposibilidad de un utópico neutralismo del crítico, procede quizá plantearse el grado de desviación que su ejercicio profesional muestra con respecto a una línea que resulta difícil imaginar recta, porque no habrá otro remedio que admitir la existencia de quiebros extratextuales como las circunstancias históricas o los mecanismos comerciales.

Las primeras, por ejemplo, han sido el escudo protector de los defensores de nuestro socialrealismo de los años cincuenta para justificar el sacrificio de la estética en el ara de la instrumentalización política. Es poco esperable una futura reivindicación que aspire a demostrar que la literatura social de ese tiempo mejoraba estéticamente la de la posguerra (aunque, por razones evidentes, la pobreza estética de nuestro realismo social se ha intentado ocultar amparando bajo este rótulo también un neorrealismo en nada coincidente con aquel).

Acabo de escribir una palabra, *posguerra*, que también ha sido empleada como caballo de batalla en ese conflicto que estalla siempre que se mezclan la literatura y la historia, el arte y la política. ¿Literatura de posguerra hasta 1975? ¿Nada menos que 36 años de posguerra? No desde el punto de vista literario, pero sí, naturalmente, para aquellos que fijan sus ojos antes en la historia o la política que en la literatura. El tópico, pese a su palmaria inexactitud, ha llegado hasta nuestros días, induciendo a la confusión. Piénsese, por ejemplo, en cuántos historiadores de la literatura española reciente siguen hablando de 1975 como punto de partida de una nueva etapa. Pero la literatura, en este como en otros casos, se resiste al acoso de la historia, porque transita por veredas distintas.

Y es que los críticos tenemos un techo de cristal, más o menos resistente en función de nuestra edad, nuestra situación profesional, nuestra valentía, nuestras ganas de ascender en el deteriorado *cursus honorum* o, en fin, de la fortaleza del medio a través del cual divulgamos una cierta visión de la literatura. ¿No existen razones suficientes para cuestionar la visión que la crítica actual nos ofrece acerca de la literatura española de hoy? ¿Acaso no es verdad que cada vez son menos los escritores que tienen motivos para sentirse enojados por una mala crítica? ¿Acaso no es verdad que la mayor parte de las reseñas en nuestras revistas filológicas parecen confeccionadas sobre la base de una plantilla en la que basta con modificar unos pocos datos (no, por cierto, el párrafo final, generalmente de un tenor similar a este: "El libro que comentamos supone una aportación decisiva...")?

Quienes están/estamos obligados a orientar a los lectores ¿falsifican/falsificamos la historia de la literatura (o, mejor dicho, lo que cabe la posibilidad de que algún día sea parte de la historia de la literatura)? Javier Marías, al examinar en 1995 a la crítica literaria, le otorgaba la más baja calificación:

La crítica —otro género literario, y de vital importancia— está casi siempre por debajo de lo que reseña: cada vez más aburrida y academicista, más partidista y venal (no solo con dinero se compra), más previsible y autocomplaciente, más al servicio del medio en el que aparece y más dada a ajustar cuentas semipersonales, empieza a ser lo peor que puede ser cualquier clase de escrito: superfluo (Marías, 33).

Para que quede claro que la crítica periodística es objeto de suspicacias en ambientes distintos del creativo traeré a colación esta discreta, pero muy pertinente pregunta con la que José María Martínez Cachero ponía punto final al introito del por ahora último capítulo de su ya clásica monografía sobre la novela española desde 1936: “La crítica ofrecida en los suplementos culturales, por ejemplo, ¿resulta más bien conformista?” (484).

En uno de estos comentarios se habla (y me limito a apuntar la influencia de los mecanismos comerciales en el tema que tratamos) de los intereses del medio informativo en que se publica tal o cual crítica. Por ejemplo: ¿qué garantía de objetividad pueden tener los lectores de un periódico que funciona a manera de acorazado de un poderosísimo grupo empresarial que incluye varias secciones editoriales cuyos libros, inevitablemente, habrán de aparecer reseñados en el buque de guerra? La muy sustancial modificación que en los últimos años ha experimentado el panorama de los medios de comunicación ¿invalida ya la idea de Ramón Acín de que “en general, los suplementos literarios gozan de independencia y no suelen desprender condicionamientos (menos ideológicos que económicos) en sus líneas editoriales, como tampoco parece haberlos en los tratamientos temáticos” (14)? Un estudio que actualizara y completase el realizado por Julio Vélez sobre *El País* ¿arrojaría hoy resultados distintos?

Quienes escriben sobre literatura en los periódicos están, obviamente, sometidos a más presiones que quienes lo hacemos en otros medios menos influyentes (editoriales, revistas especializadas), razón por la cual podemos presumir tal vez de tener menos ataduras. ¿Es una realidad para los críticos la libertad de escritura? Todavía hoy resulta posible que un texto inocuo teniendo en cuenta la escasez de receptores (pongamos que el centenar que hojea un modesto libro conmemorativo) sea víctima de una censura ideológica que ya no viste ropaje azul o rojo, sino el gris color de los nacionalismos.

Valga el siguiente ejemplo demostrable. Hace unos años se requirió mi colaboración (no remunerada) para participar con un texto en un libro evocador de los 25 años de la publicación de *Cacereño*, del novelista afincado en San Sebastián Raúl Guerra Garrido. Cuando recibí el volumen editado me sorprendieron los cambios en mi redacción. Nadie me consultó las modificaciones, curiosamente coincidentes en dar satisfacción cumplida a ese nacionalismo con el que tan poco complaciente se había mostrado Guerra Garrido en la novela que yo comentaba. Desechada la mala voluntad del homenajead,

sólo queda pensar en una habilidosa mano izquierda y un dócil lápiz rojo (o gris, tanto da) prestos a seguir la consigna nacionalista⁶. Como ha escrito Jon Juaristi, a los nacionalistas “no se les ocurre plantearse que el nacionalismo, sublime para ellos, pueda despertar una espontánea repugnancia en otros” (25). El bucle melancólico ¿no es en realidad poblada melena que asfixia la libertad de escritura y falsifica la historia (la de la crítica en el presente caso)?

Complementemos con testimonio ajeno (esta vez, relativo al nacionalismo catalán) el anterior ejemplo. El folleto *1962-1997. Els Joglars. 35 años* con el que el vitriólico grupo catalán comandado por Albert Boadella acompañó la representación de *La increíble historia del Dr. Floit & Mr. Pla* enumera todos los espectáculos realizados hasta 1997 e incorpora en letra pequeña el siguiente aviso para navegantes: “Hasta la actualidad, TV3-Televisión de Cataluña ha mantenido el veto total sobre la grabación de obras y otras producciones de *Els Joglars*”. Quienes hemos leído (y reflexionado) con obras suyas como *Ubú President* intuimos el porqué de esa censura.

En otros lares hispánicos no se llega a tanto, pero... ¿cuántos escritores del siglo XX (también de los anteriores) figurarán en las historias de la literatura presentes y futuras (las regionales, sobre todo) aportando como mérito primero el título de nacido en... (y aquí debe escribirse el correspondiente topónimo)? Los historiadores que ignoramos, por considerarlo un dato irrelevante, el lugar de nacimiento de la práctica totalidad de los escritores sentimos ya un gran complejo de inferioridad frente a tanto experto en gentilicios como ahora florece en la geografía española.

Sumando todos los escritores *autonómicos* alcanzaremos sin duda una respetabilísima cifra que hará palidecer de envidia al resto de los europeos. Pero ¿no falsearemos la historia de la literatura? Afortunadamente, el tiempo es más sabio que quienes escribimos sobre ella. ¿Significa esto que la criba del siglo XXI dejará con el trasero al aire tan abrumadora proliferación de nombres propios en esta nueva *Edad de Oro* de nuestra literatura?

Y es que el problema de las jerarquías resulta más serio de lo que parece. ¿Será ya irreparable el daño hecho a la literatura por esas hermenéuticas tan ultramodernas que nos hicieron olvidar que hay arte bueno y pseudoarte, literatura digna de pasar a la posteridad y libros desechables aunque aparezcan en colecciones que incorporen el rótulo *Literatura* para concederse una imposible aura de prestigio⁷. La recuperación para el debate literario de la palabra *canon* es menos casual de lo que parece: responde a la necesidad de poner orden en tanta dispersión, de discernir conceptos y de dejar claro qué es literatura y qué no lo es ni podría aspirar a serlo en tiempos más sensibles que este nuestro. Naturalmente que se trata de una cuestión susceptible de discutirse, pero antes habrá que ponerse de acuerdo en lo fundamental: o todo vale, o únicamente

vale lo que merece la pena. Si lo primero, seguiremos instalados en la *Edad Cabótica* de que habla Bloom y fomentando una confusión ideal como caldo de cultivo de la mediocridad; si lo segundo, se trata de recurrir a opiniones fundadas, e incluso a estadísticas. Pero no al capricho del docente, capricho al que apela, por cierto, nuestra penúltima ley educativa, la vapuleada LOGSE, que permite que los profesores decidan si los alumnos de nuestro casi inexistente Bachillerato leen a Unamuno o se acercan al *Kronen* para formarse en las experiencias de la vida. Con una permisividad tal se fomenta en el alumno (quizá futuro e indocto estudiante de Filología Hispánica) la idea de que todo vale, y tanto da Unamuno como cualquier otro⁸.

Por desgracia, como afirma Bloom,

estamos destruyendo todos los criterios intelectuales y estéticos de las humanidades y las ciencias sociales en nombre de la justicia social. [...] Lo que se ha devaluado es el aprendizaje como tal, como si la erudición fuera irrelevante en el reino del juicio acertado o erróneo. // El canon occidental, a pesar del idealismo ilimitado de aquellos que querían abolirlo, existe precisamente con el fin de imponer límites, de establecer un patrón de medida que no es en absoluto político o moral (45).

La que con tanto acierto Bloom llama *Escuela del Resentimiento* ¿ha herido de muerte la historia de la literatura? ¿Se sienten especialmente preocupados por esa posibilidad sus diversos practicantes: feministas o ginocríticas, afrocentristas, marxistas, lacanianos, neohistoricistas, deconstruccionistas y semióticos, categorías de Bloom a las que yo añadiría, para el caso español, a los guerracivilistas que explican la literatura (sobre todo la posterior a 1939) partiendo de un profundo examen del color de la tinta utilizada por los escritores (roja o azul, esa es la cuestión que nunca debiera ser)?⁹. A fin de cuentas, ¿no era el objetivo más o menos confesado de casi todos ellos reducir la literatura a fenómeno subsidiario de otras preocupaciones, generalmente políticas?

En este contexto, comentarios como el de J. M. de Prada merecerían ser reproducidos íntegramente como testimonio de protesta ante una situación que falsifica la realidad de la actual historia de la literatura. Extracto:

Entre las muchas manifestaciones de la degradación cultural que hoy nos atosiga, me causa especial lástima y sonrojo la abolición irreversible de la calidad como criterio para graduar la temperatura de un libro. [...] Bastan unos modales desenvueltos o roqueros, basta un perímetro torácico considerable para atraer la atención de un editor o mercachifle. Basta con escribir paparruchas adolescentes y tributarias del acné para publicar; si, además, esas paparruchas están adornadas con una prosa de parvulario, la resonancia del libro será más estrepitosa aún. [...] Se jalean engendros, se encumbran nulidades eximias, se transige con mediocridades apabullantes; las jerarquías literarias se han disgregado en un maremagno de banalidad y modas tan efímeras que nacen caducas ("Jerarquías", 20).

En un debate sobre los llamados *jóvenes cantibales* o *nuevos bárbaros* representantes de la imberbe narrativa española de hoy, emitido en un programa

televisivo de libros, *Negro sobre blanco*, correspondiente al mes de septiembre de 1997, hubo al menos dos datos de interés. Uno de los contertulios¹⁰, al serle citada la frase "Todo lo que no es tradición es plagio" preguntó/afirmó, sin sombra de ironía: "Esa frase es de Buñuel, ¿no?". No está mal como demostración del acarreo cultural de esta literatura *silvestre*.

El segundo dato al que hacía referencia fue el juicio crítico de Fernando Valls, que, sin arrimar del todo al leño la tea encendida, sí dejaba claro que estábamos ante una operación comercial de las editoriales, que el tiempo pasará y que nombres publicitarios de la literatura de principios de los ochenta son ya hoy pasto de las implacables llamas del olvido.

Quizá nada de lo escrito hasta aquí sea *políticamente correcto*. ¿Habré de pedir disculpas por ello? ¿Deben algo estas reflexiones al hecho generacional que me distancia del *sensentayochismo* dominante en nuestras aulas? ¿Cabe la posibilidad de que hablar hoy de generaciones tenga todavía un valor por lo menos didáctico? ¿Obliga el sentido común a reconocer sin pudor que, como ha escrito Francisco Rodríguez Adrados, "el dogma de lo políticamente correcto nos lo imponen, las más veces, pequeñas minorías gritadoras" (3)?

Después de mis invocaciones a Bloom me siento obligado a protegerme con su autorizada coraza, sin duda más consistente que la que yo podría fabricar con mis exiguos medios, para exponer la siguiente idea, que es suya, pero de la que no tengo inconveniente en apropiarme:

Ahora estamos perdiendo, y sin duda seguiremos perdiendo, y es una lástima, porque muchos de los mejores estudiantes nos abandonarán por otras disciplinas y profesiones, un abandono que ya se está produciendo. El que lo hagan está justificado, pues no podemos protegerlos contra la pérdida de los criterios intelectuales y estéticos de valor y perfección de nuestro gremio (28).

Y si los de nuestro gremio, los que nos dedicamos a estudiar la historia de la literatura, no la defendemos, ¿quién lo va a hacer? ¿Los integrantes de la *Escuela del Resentimiento*?

NOTAS

1. "Hasta finales de los años ochenta, los partidarios del Frente Popular continuaron negando, sobre todo (y supongo que necesariamente), la dirección estalinista de las empresas de Münzenberg [el factótum de la captación de intelectuales pretendidamente independientes para la causa de la revolución comunista]. Incluso capacitados observadores seguían viendo izquierdismo independiente y espontaneidad tras fenómenos como el Movimiento por la Paz de fines de los años veinte y principios de los treinta. La documentación de los archivos obliga a rectificar esas opiniones. Por supuesto, esos movimientos estuvieron compuestos casi exclusivamente por inocentes motivados por sinceros ideales" (Koch, 381).

2. En el mismo artículo recuerda la opinión de Juan Pablo Fusi ("historiador hasta ahora respetado por la *gauche divine*", acota Seco Serrano), que semanas antes se había manifestado en los siguientes términos: "Yo pertenezco a un grupo de historiadores [...] que no estaba cómodo con las interpretaciones de la Restauración acuñadas por cierta historiografía marxista. Según esta visión, la España de la Restauración fue una España absolutamente dominada por una oligarquía reaccionaria y represiva, anacrónica y antimoderna, que impidió consciente y voluntariamente el desarrollo del país. [...] Para mí, la figura de Cánovas está indisolublemente unida a la creación del Estado moderno español, a la estabilización de la política, a la alternancia en el poder, y a la superación del pronunciamiento militar como instrumento de cambio político" (Powell, 16). Completa Seco Serrano: "Esa misma izquierda, cuando yo me manifesté igualmente en sentido reivindicador para la obra de Cánovas, me tachó de fascista, y pretendió descalificarme como historiador".
3. Comenta Leys la obra de Curtis Cate *André Malraux: A Biography*. Cito su artículo, aparecido en *The New York Review of Books*, por la traducción que menciono en la bibliografía. En cuanto a algunas de las falsedades de la biografía oficial de Malraux, véase Lacouture, especialmente los capítulos "Asia vivida, Asia soñada...", "Los voluntarios de Albacete" y "El viaje a China".
4. "Este marchamo [fascista], aplicado como ajuste de cuentas o mención arbitraria, quizá sea más profusamente empleado en España que en cualquier otro país, siempre con impunidad y a veces hasta con el aplauso de la galería. Aunque ya nos vamos normalizando, no debemos olvidar que a escritores como Andrés Trapiello o Pere Gimferrer se les ha colgado el sambenito, por haberse atrevido a susurrar que no toda la literatura fascista era morralla" (Prada, "Los inquisidores", 18).
5. Curioso este avance premonitorio (estábamos en 1984, mucho antes de que llegaran las televisiones privadas, las plataformas digitales, las absorciones editoriales, los cambios accionariales en empresas radiofónicas, los movimientos monopólisticos en los sectores audiovisual y editorial...): "Hoy a lo que se tiende es a una *superconcentración*, en el sentido de que, por un lado, algunos medios y algunas editoriales se encuentran en las mismas manos. Unos se favorecen a los otros. El caso de *El País* es paradigmático. No solo dispone del medio prensa, sino también del medio radio y del medio editorial" (125).
6. El libro se titula *A los veinticinco años de "Cacereño"* y lo publicó la Fundación Alzate con la colaboración de la Fundación Kutxa, la Autoridad Portuaria de Pasajes (?), el Consejo de Comunidades Extremeñas (?) y "diversas empresas guipuzcoanas" no especificadas.
7. A propósito de *modernidades* críticas, véase el siguiente testimonio de F. Jiménez Losantos: "Ese escribir por algo más que escribir me permitió deshacerme de la horrible jerigonza en que se había convertido mi prosa entre las nociones psicoanalíticas, las referencias a la Teoría del Texto, las ideas derridianas o foucaultianas y el malditismo izquierdista de *Tel Quel*. Los ensayos que publiqué en *Revista de Literatura* eran, en general, intragables e incomprensibles. La reivindicación del "placer textual" se hacía en unos textos que producían cualquier cosa menos placer al leerlos. El que no hubiera leído a Lacan se quedaba *in albis* ante aquella logomaquia universitaria. Mi tesis de licenciatura, doscientos y pico folios sobre "Las acotaciones a los *Esperpentos* de Valle-Inclán", tenía todos los ingredientes necesarios, incluso precursores, del éxito universitario: Bajtin, Kristeva, Barthes, Derrida, el formalismo ruso en su segunda generación...; un alarde de facultades teóricas; me dieron sobresaliente por unanimidad, pero no había ni hay en ese libro nada de la pasión, del encanto, del misterio y de la gracia que en mí convocaba la lectura de Valle-Inclán. Esa simple lectura de Azaña, de Unamuno, de Ortega, de los clásicos españoles, me hizo recobrar el sentido de la literatura que había perdido con tanta y tan docta teoría sobre la literatura" (49-50).
8. Como somos muchos los españoles que nos conformamos con cualquier cosa, respiro aliviado al leer la siguiente anécdota sobre didáctica shakespeariana en los Estados Unidos (también allá, por lo que se ve, cuecen habas): "Cuando yo era un muchacho, el *Julio César* de Shakespeare, que en casi todas partes se estudiaba en la escuela, era una introducción eminentemente razonable a la tragedia shakespeariana. Los profesores me cuentan ahora de muchas escuelas donde la obra ya no puede ser leída entera, pues supera la capacidad de concentración de los estudiantes. Me han contado que en un par de sitios la construcción de escudos y espadas de cartón ha

reemplazado la lectura y discusión de la obra. Ninguna socialización de los medios de producción y consumo de la literatura puede superar tal degradación de la educación primaria" (Bloom, 528). Cualquiera diría que al ejemplificar esa degradación Bloom sabe bien qué está sucediendo en la educación española primaria, secundaria y, últimamente, también en la universitaria.

9. A Sullà le parece "una improbable agrupación" (12) la que Bloom realiza en lo que este llama *Escuela del Resentimiento*, pero las categorías establecidas por el profesor estadounidense aparecen avaladas en uno de los artículos seleccionados por su contradictor en el mismo libro. Concretamente en el trabajo de Culler: "Lo que está en juego es la represión de la lectura crítica, la desviación de los modelos del análisis crítico -deconstructivo, foucaultiano, psicoanalítico, marxista, feminista- que han tenido éxito en los últimos tiempos. [...] El retorno al canon tradicional, y en especial a los clásicos, [...] parece ser otro intento en el campo de la política social de ratificación de la autoridad patriarcal. // Estas inclinaciones represivas, disfrazadas de propuestas plausibles para mejorar un sistema educativo que lo necesita con urgencia, hacen que resulte todavía más urgente que trabajemos para proteger lo que a menudo se designa como el caos de la teoría contemporánea" (155-156). La parrafada no tiene desperdicio y merecería una exégesis detenida, al final de la cual sería obligado preguntarse si lo que ahí y en tantos otros textos críticos *subversivos* se dice que es literatura tiene algo que ver con la literatura entendida como arte.

10. Eran Pablo Carbonell, Eva Salmerón, Lucía Etxebarría y Antonio Álamo.

OBRAS CITADAS

- AA.VV. *A los veinticinco años de "Cacereño"*. San Sebastián: Fundación Alzate, 1994.
- . *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión*. Madrid-Barcelona: Espasa-Planeta, 1998.
- Acín, Ramón. *En cuarentena. Mercado y literatura*. Zaragoza: Mira, 1996.
- Alonso de los Ríos, César. *La verdad sobre Tierno Galván*. Madrid: Anaya-Mario Muchnik, 1997.
- Astorga, Antonio. "Vargas Llosa: 'El Gulag mató la utopía socialista'; Edwards. 'El utopismo rebrotará en ecologismo'". *ABC* (1 noviembre 1997): 77.
- Bloom, Harold. *El canon occidental*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- Collar, Jorge. "Francia cuestiona el mito de Napoleón". *ABC* (15 agosto 1997): 43.
- Courtois, Stéphane. "Los crímenes del comunismo". AA.VV. *El libro negro del comunismo*. 13-46.
- Culler, Jonathan. "El futuro de las humanidades". Sullà: 139-160.
- Fukuyama, Francis. *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta, 1992.
- Guillemin, Henri. *¡Los pobres, a callar!* Barcelona: Grijalbo, 1997.
- Jiménez Losantos, Federico. *Lo que queda de España*. Madrid: Temas de Hoy, 1995.
- Juaristi, Jon. *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*. Madrid: Espasa-Calpe, 1997.
- Kamen, Henry. *Felipe de España*. Madrid: Siglo Veintiuno, 1997.
- Koch, Stephen. *El fin de la inocencia*. Barcelona: Tusquets, 1997.
- Lacouture, Jean. *André Malraux. Una vida en el siglo. 1901-1976*. Valencia: Alfons el Magnànim, 1992.
- Leyes, Simon. "Malraux, fin de la leyenda". *ABC Cultural* 304 (29 agosto 1997): 12-14.

- Marco, José María. *La libertad traicionada. Siete ensayos españoles*. Barcelona: Planeta, 1997.
- Marías, Javier. "Años de cribas". *ABC Cultural* 200 (1 septiembre 1995): 33.
- Marías, Julián. "El siglo XX". *ABC* (27 junio 1997): 3.
- . "La insurrección de la mentira". *ABC* (28 octubre 1997): 3.
- Martínez Cachero, José María. *La novela española entre 1936 y el fin de siglo. Historia de una aventura*. Madrid: Castalia, 1997.
- Powell, Charles. "Charles Powell conversa con Juan Pablo Fusi sobre la Historia de España". *ABC Cultural* 317 (28 noviembre 1997): 16-17.
- Prada, Juan Manuel de. "Los inquisidores". *ABC* (22 agosto 1997): 18.
- . "Jerarquías literarias". *ABC* (26 septiembre 1997): 20.
- Rodríguez Adrados, Francisco. "Conformismo". *ABC* (6 junio 1997): 3.
- Safranski, Rüdiger. *Un maestro de Alemania*. Barcelona: Tusquets, 1997.
- Seco Serrano, Carlos. "Entre dos centenarios". *ABC* (20 enero 1998): 3.
- Semprún Maura, Carlos. *Vida y mentira de Jean-Paul Sartre*. Madrid: Nossa y Jara, 1996.
- Sepúlveda, Rosario. "Pemán: "Los tres etcéteras de don Simón cumplen hoy las 100 representaciones"". *ABC* (16 octubre 1997): 77.
- Sullà, Enric. "El debate sobre el canon literario". Sullà (ed.). 11-34.
- , ed. *El canon literario*. Madrid: Arco/ Libros, 1998.
- Vargas Llosa, Mario. "Distanciando a Brecht". *El País* (15 febrero 1998): 16.
- Vélez, Julio. *La poesía española según "El País" (1978-1983)*. Madrid: Orígenes, 1984.

